

Claudio MAGRIS, *El Danubio*. Barcelona, Editorial Anagrama. 6ª edición, 2004.

Claudio Magris, que recientemente ha sido galardonado con el *Premio Príncipe de Asturias de las Letras* por su dilatada y crítica obra literaria, ha realizado a lo largo de más de 370 páginas una detallada y precisa descripción del río Danubio, en la que ha utilizado una bella prosa y un rico lenguaje metafórico. Su gran esfuerzo se ha traducido en un trabajo muy prolijo y bien documentado, en el que han quedado expuestos sus amplios conocimientos, su formación germanista, su gran destreza narrativa y su carácter de pensador, plasmado en un ensayo que adquiere la forma de libro de viajes. Su preocupación por el análisis exhaustivo queda perfectamente recogida desde el principio de la narración, cuando, por ejemplo, se centra en la explicación de las dudosas fuentes alemanas del nacimiento del Danubio (“una cuestión de canalones”), bien en Donaueschingen, bien en Furtwangen, y luego continúa con el discurrir de sus aguas hacia la gran persuasión, localizada en las lejanas tierras del delta, en el Mar Negro, a 2.888 Km.

El autor articula la obra en nueve capítulos perfectamente imbricados. Salvo el primero, centrado en el análisis de las fuentes del Danubio, el resto se dedica a reseñar y comentar la historia y los sucesos más sobresalientes acaecidos en los lugares y ciudades de los países que drena. El Danubio es un río con una larga y dilatada historia; sus aguas son testigos mudos y guardan grandes secretos y también penalidades y alegrías; ha conocido acontecimientos y enfrentamientos de signo muy variado y ha vivido muchos avatares, convirtiéndose en el río más multinacional de Europa y, a la vez, dotado de un relevante carácter geopolítico plasmado a lo largo del tiempo. Dichas peculiaridades quedan perfectamente impregnadas sobre el paisaje, pues en muchos tramos actúa de frontera entre países, en otras ocasiones se comporta como un importante canal de comunicación y de interrelaciones socioeconómicas entre las tierras del interior y las más alejadas, en el Mar Negro, y también permite otros usos y aprovechamientos que cumplen un notable papel en sus variadas economías y estructuras productivas, destacando como medio de transporte, para el regadío o la producción hidroeléctrica, entre otros. Este río soporta un intenso tráfico, que asciende a más de 3.500 barcos al año, y atraviesa zonas con grandes aglomeraciones urbanas, lo cual acarrea graves y acusados problemas ecológicos, en particular los vinculados con la emisión de residuos en sentido amplio. Así pues, la contaminación, el transporte fluvial y la pérdida de zonas inundadas por la intensa actividad humana están generando enormes trastornos y relevantes transformaciones en el delta, incidiendo, entre otras cuestiones, en la pérdida de la biodiversidad y de la riqueza natural.

Gran parte del curso del Danubio transcurre por la Mitteleuropa. Esta parte de Europa ha cumplido un importante papel estratégico a lo largo del tiempo y también ha sufrido, sobre todo a lo largo de la pasada centuria, diversos avatares e intensas convulsiones, que han quedado reflejadas en las sucesivas fronteras trazadas, siendo concebidas como verdaderas cicatrices de los procesos históricos, o según Magris, “las fronteras son ídolos que exigen sacrificios humanos”; a pesar de esa afirmación, él no acepta que las fronteras rompan fidelidades, fraccionen vidas y mutilen culturas. Se trata de una zona, fruto de esas vicisitudes, cuyas características básicas se hallan en la tradición multirracial y multicultural y en la superposición diacrónica de un mosaico de pueblos, aunque dicha tradición se desmoronó con el resurgimiento, en los años noventa del siglo XX, de los exacerbados y excluyentes nacionalismos; este resurgimiento puso de manifiesto, una vez más, la pervivencia y la recuperación de ideas propias y adscritas a una sociedad cerrada y al retorno a un sistema tribal o a la convivencia de personas pertenecientes únicamente al grupo homogéneo. Esos principios reduccionistas, dominantes en muchos de los países de esa Europa Mediana, se han tratado de corregir por medio de su inclusión en organismos supranacionales e instituciones europeas con planteamientos abiertos, como la Unión Europea; dicha dinámica se acentuó sobre todo a partir de la caída del muro de Berlín y de la desintegración del sistema socialista. Además, las casualidades del destino han hecho que coincidan en el tiempo el reconocimiento de la labor literaria de C. Magris y la ampliación de la Unión Europea hacia el Este de Europa; área geográfica que ha estado presente en muchas de sus narraciones y con la que mantiene fuertes vínculos y por la que siente gran atracción.

El capítulo dedicado a las tierras alemanas bañadas por el Danubio refleja, como en el conjunto de la novela, un gran dominio de los hechos históricos, de las tradiciones y de las costumbres, consideradas como una de las bases fundamentales de las relaciones humanas y de la construcción diacrónica de las sociedades. El recurso a la memoria, como una manera de alcanzar la conciencia colectiva, se convierte en un hecho esencial para explicar los diversos acontecimientos, aunque en esa dinámica no se deben olvidar los hechos actuales, ya que ambas situaciones imbricadas adecuadamente son una clara manifestación del avance social y del análisis territorial. Prueba de ello es la ajustada exposición que hace del Danubio superior, basada en un tratado de mediados del siglo XX, e incluso en el recurso a la *Canción de los Nibelungos* para explicar las diferencias étnicas y contrastadas entre el Rin, que representa “la virtud y el guardián de la pureza de la estirpe germánica”, y el Donau, que se “halla envuelto en un halo simbólico antialemán y es el río a lo largo del cual se encuentran, se cruzan y se mezclan gentes diversas”. Asimismo, también destacan, entre otras, las documentadas descripciones de las relevantes ciudades de Ulm, Günzburg o Regensburg, centros vitales durante el Sacro Romano Imperio Germánico, o la

acertada exposición geográfica de Passau, considerada como la floreciente ciudad de los tres nombres y tres ríos (la Venecia de Baviera) y con un importante patrimonio histórico-artístico, vinculado a sus cúpulas barrocas.

El Danubio accede a territorio austriaco a través de la bella región de la Wachau, dedicada a viñedos, e inmediatamente alcanza la ciudad de Linz, que es la capital industrial de Austria y sus “casas se asoman sobre el gran río y sobre las colinas que lo dominan”, configurando un “paisaje marcado por los bosques y por las cúpulas de las iglesias en forma de cebolla”. En esa ciudad pasó apacibles años el sanguinario déspota Hitler, adonde deseaba retirarse una vez consolidado el Reich milenario. Los procesos y las casualidades históricas hacen que el río bañe otra ciudad, Mauthausen, cargada de muerte y de negros recuerdos, que contrasta con un grabado de principios del siglo XIX donde se aprecia una imagen de dicha ciudad en la que aparecen colinas serenas, casas acogedoras y barcas sobre el Danubio llenas de gente, que irradia felicidad.

La cultura danubiana es una fortaleza que se convierte en un excelente refugio cuando es agredida por fuerzas externas. Este hecho queda perfectamente recogido en lo que el autor denomina café central, como lugar de costumbres metódicas, correspondiendo a una sentida metáfora de Viena. Esta ciudad, la principal capital del imperio austrohúngaro, supone el encanto de la cultura y de las representaciones artísticas y el carácter de encrucijada de caminos, como lugar de partidas y regresos. Dichas manifestaciones explican el encuentro y choque diacrónico entre culturas (Europa y el Imperio otomano), a la vez que aparecen bellas descripciones geográficas y urbanas de los sitios y zonas habitadas por insignes personajes, entre otros, miembros destacados de la familia imperial de los Habsburgo, Wittgenstein, Freud, Lukács, Beethoven, o Schumpeter. Asimismo, conviene mencionar los bellos pasajes referidos a los otros vieneses, que descansan en los majestuosos y confidenciales cementerios, ajenos a las sucesivas convulsiones y en consonancia con la errabunda provisionalidad derivada de nuestro destino, y donde las liebres son consideradas como devoradoras de pensamientos; también destaca la hermosa Hermesvilla, que es un parque de la periferia urbana de Viena poblado de gamos y jabalíes, preferido por la princesa Sissi. Y como colofón es preciso aludir a la evocación de recuerdos unidos al valls dedicado por Strauss al Danubio azul, que, a pesar del título, no lo es, sino más bien amarillo y fangoso, que se enturbia al final de la escalinata de Strudlhof.

El río Danubio abandona las tierras austriacas a través de la región de Burgenland, en donde la minoría croata solicita su asimilación frente a otros movimientos nacionalistas, en los que se impone la agresiva afirmación de la propia identidad, en cuya capital, Eisenstadt, nació Haydn y en donde se halla la ciudad de Eckhartsau, en la que concluyó la historia de los Habsburgo con la abdi-

cación del último emperador, Carlos. Sus aguas se adentran en la llanura eslovaca, que ya presagia el sopor panónico y el Alföld húngaro, y su curso marca la frontera entre ambos países.

En las descripciones y en los sucesivos análisis del territorio eslovaco están presentes el tiempo y la melancolía del pasado, muy bien recogidos y expuestos en la lírica de L. Novomeský; su poesía se puede considerar símbolo de un mundo sin fronteras y en la que aúna muy acertadamente la cultura nacional y la perspectiva internacionalista. Aquellas mismas premisas aparecen de forma explícita en los comentarios sobre algunos de los hermosos rincones abandonados de la ciudad de Bratislava, aunque, a su vez, emanan ideas encaminadas hacia el crecimiento y hacia el futuro; también se observan en la exposición de los tipos de poblamiento y las construcciones rurales, en las que prevalecen los castillos, ocupados por los húngaros, y las *drevenice* de los campesinos eslovacos (“cabañas o casitas con vigas de madera cimentadas con paja y estiércol seco”), que reflejan de forma muy certera la dinámica histórica de enfrentamientos, rivalidades y subyugamiento del pueblo eslovaco a los diferentes dominios extranjeros. Al fin, la defensa de esa identidad nacional se ha podido materializar en la configuración del estado de Eslovaquia, a principios de los años noventa del siglo pasado. Asimismo, son muy apropiadas las manifestaciones geográficas referidas a los variados paisajes de los Altos Tatras, que cumplen importantes funciones turísticas y contienen el misterio profundo y las correspondientes leyendas de las grandes montañas. De igual forma, resulta relevante y muy sorprendente la descripción de los cementerios eslovacos localizados entre montañas; carecen de tapias y muros de separación, lo que viene a confirmar “la familiaridad épica con la muerte y el contacto del individuo y las generaciones”, puestas de manifiesto a través de la tierra y la naturaleza, convirtiéndose en elementos básicos para el afianzamiento de las relaciones sociales y con el territorio.

El recorrido de las aguas danubianas vuelve a servir de límite fronterizo entre Eslovaquia y Hungría, penetrando en la antigua provincia romana de Panonia, que se ha convertido a lo largo del tiempo en un mosaico de pueblos y culturas diferentes, en el que “el individuo descubre la pluralidad, pero también la complejidad de su propia identidad”. Dicha circunstancia queda perfectamente recogida en la amplia obra del croata M. Krléza, que, entre otras cuestiones, se va a preocupar de explicar el nexo entre la realidad social, los procesos históricos y las leyes de la naturaleza con el fin de contribuir al surgimiento de una conciencia cultural común, la *koiné* danubiana. También se debe recordar y valorar la obra del húngaro G. Konrád que considera la sensibilidad mitteleuropea como defensa de lo particular frente a proyectos o ideas totalizantes, que impiden la participación de los pueblos en la vida y en las decisiones políticas.

El Danubio atraviesa la amplia y feraz llanura húngara, que presenta una clara aptitud agrícola, siendo ya considerada, en el s. XVIII, como el granero del imperio habsbúrguico. A lo largo de su cauce aparece una sucesión de ciudades ribereñas de las que Magris ha sido capaz de resaltar y exponer sus características más sobresalientes, destacando en ellas el variado patrimonio arquitectónico. Entre otras, se pueden mencionar Csepel, que es un importante centro industrial y político y se opuso con fuerza a los panzers soviéticos durante la revolución húngara de 1956; Kalocsa, famosa por sus blusas de artesanía popular; Pecs, que es la capital de la región fronteriza de Baranya y sobresale por el vino y las tradiciones culturales con abundantes raíces en las antigüedades romanas; o Mohacs, en donde el reino húngaro fue derrotado por los turcos, en 1526. Sin lugar a dudas, la más relevante de todas ellas es Budapest. Se trata de la ciudad más hermosa bañada por el Danubio, que la divide en dos partes bien diferenciadas, pero complementarias y unidas mediante majestuosos puentes: Buda, con el peso de las huellas históricas, y Pest, más moderna y económicamente más dinámica y funcional. Presenta una perfecta sensación física de capital, robusta y con importantes inercias con capacidad para aunar energías, en la que se aprecia adecuadamente su señorío y su paisaje urbano rememora el sentido del arte con edificios eclécticos e históricos, reflejo de su pasado glorioso. Además, en los albores del s. XX, fue cuna de un relevante foco cultural, vinculado a G. Lukács, insigne marxista, y a sus amigos del “Círculo del Domingo”; sus reflexiones filosóficas se van a inspirar en la propia crisis de la realidad o en la “estación histórica de inestabilidad” que les ha tocado vivir, cuyos exponentes más inmediatos los pueden comprobar en las dinámicas de la propia ciudad.

El río sigue su correspondiente trayectoria mostrando fehacientemente las continuas e intensas herencias del pasado y del presente y que, previsiblemente, se perpetuarán en el futuro. Dichas manifestaciones quedan perfectamente recogidas en su divagar por tierras del Banato y Transilvania, en las que los sucesivos procesos históricos han dejado profundas huellas, que están continuamente aflorando en las tradiciones culturales y denotan una excesiva carga de melancolía, llena de valores y significados. Dichos avatares, recordados y evocados metafóricamente por la abuela Anka, crisol de nacionalidades y lenguas, han permitido la aparición de variadas situaciones y la convivencia de distintos sentimientos en tiempos diversos. Esta diferenciada realidad es la que sirve para explicar la existencia de un mosaico de pueblos y una superposición y estratificación de poderes y gentes, lo cual nos induce a pensar que se ha desarrollado una síntesis unitaria o por el contrario se ha producido un hacinamiento heterogéneo.

La descripción del Banato, extendido por Serbia y Rumania, está preñada de alegorías y de favorables referencias históricas a la riqueza cultural derivada de

la amalgama y mezcla de pueblos; éstos acudieron en sucesivas oleadas a colonizar sus tierras pantanosas, que exigían muchos esfuerzos y laboriosidad al campesinado. Dicha situación queda plasmada, entre otras, en las ciudades de Bela Crkva, Timisoara y en las localizadas en la región serbia de Vojvodina, como Subótica o Novi Sad. Esta relativa convivencia se ha roto a partir de la década de los noventa del s. XX como consecuencia de la reaparición de los movimientos nacionalistas y de las reivindicaciones y defensa de las minorías nacionales frente a las políticas de asimilación de los grupos mayoritarios. Sin duda, el caso más paradigmático ha sido la desintegración de la antigua Yugoslavia, en la que Magris ya intuía ciertos conflictos e impulsos disolventes interiores, que han causado graves problemas socioeconómicos y han quebrado su articulación territorial e incluso sus resultados han afectado al equilibrio europeo.

El Danubio actúa, una vez más, de marca fronteriza entre Serbia y Rumania y atraviesa los Alpes de Transilvania, que, en las Puertas de Hierro, han favorecido la construcción de la gran central hidroeléctrica de Djerdap. Esta grandiosa presa, que no deja de ser un ejemplo del triunfo de la técnica sobre la naturaleza, ha modificado el paisaje, ha introducido importantes desequilibrios ecológicos y medioambientales y ha borrado las ricas huellas del pasado, en las que prevalecía la plural estratificación de pueblos y culturas, mezcladas e indiferenciadas.

El avance del río hacia las “vagas e imprecisas” tierras balcánicas permite que se utilice, de nuevo, como línea de separación entre Bulgaria y Rumania. Los hechos históricos van a servir, una vez más, a Magris para realizar las correspondientes anotaciones referidas a los lugares bañados por dicha corriente de agua, que hasta mediados del XIX eran tierras ignotas y se sabía muy poco del curso inferior del Danubio, siendo su cartografía bastante imprecisa y llena de muchos errores.

Bulgaria es uno de los países de la Europa del Este del que menos conocimiento se tiene; su localización en el extremo suroriental del continente también ha contribuido a ello. Se ha formado a lo largo del tiempo como un variado y rico crisol de civilizaciones danubiana, balcánica y caucásica, que estuvo bajo el yugo otomano durante cinco siglos, cuyas huellas son claramente visibles en las diferentes manifestaciones culturales. Éstas han ido desapareciendo, al mismo tiempo que se han aplicado políticas de homogeneización a la minoría turca; igualmente, los libros han jugado un eminente papel en la identidad búlgara, siendo tan fuerte que ha impregnado todos los rincones del país.

El peso de la tradición agraria ha sido muy intensa, que se ha ido confirmando a través del tiempo y dejando profundas secuelas en el paisaje, tal como se

aprecia en las tierras llanas de la región de Valaquia drenadas por el Danubio. A pesar de ello, la civilización de la aldea también sufre una profunda crisis en Bulgaria. Este mundo campesino ha sido recogido y recuperado muy acertadamente por el gran poeta Jordan Radickov, escritor representativo del Danubio invernal y helado; se ha amparado en la fábula y ha recurrido a un país imaginario, Cerkazki, en el que sitúa sus historias fantásticas, cargadas de ironía y dotadas de significados con suficiente capacidad para mantener vivas las tradiciones agrarias.

Magris también lleva a cabo profundas descripciones de las ciudades búlgaras ribereñas del Danubio. El caso más llamativo es el de Ruse, definida como pequeña Viena; dispone de edificios eclécticos y parques espaciosos y señoriales, exponentes de su próspero pasado económico, basado en el puerto fluvial y en la industria pesada, que duró hasta la década de los veinte del s. XX. Aquí nació el insigne escritor Elías Canetti, descendiente de judíos sefardíes españoles, que recibió el nobel de literatura en 1981; en su obra expone la continua oposición entre la cultura de masas y la dignidad individual.

El río Danubio, superada la frontera con Bulgaria, atraviesa la estepa de Bărăgan, siguiendo la dirección sur-norte y después, tras un gran meandro formado en las tierras llanas rumanas, retoma el sentido oeste-este, sirviendo de límite con Moldavia y Ucrania. Esas repúblicas son el resultado más evidente del nuevo resurgir de los nacionalismos y de la correspondiente disgregación de la antigua Unión Soviética, que supuso el fin de una agitada etapa histórica, marcada por los dialécticos enfrentamientos económicos, militares, ideológicos y políticos entre la Europa Oriental y la Occidental. El tramo final del curso inferior rumano, al igual que el resto del país, insinúa, una vez más, que se trata de un territorio que ha estado expuesto a continuas invasiones, donde prevalecen las vicisitudes pluriseculares y los recuerdos de opresión y de victorias, traducándose en un crisol de estirpes y civilizaciones, integradas en un complejo sustrato étnico y con una gran riqueza cultural. En todo ello pesa de manera intensa la síntesis dacio-rumana, que constituye el fundamento del sentimiento nacional, aderezado de una conciencia cosmopolita.

Las aguas del Danubio, además de luchas e historia, guardan ricas tradiciones campesinas, recopiladas en la variada épica rumana, que contienen cierta carga nostálgica del pasado y contemplan el futuro preñado de esperanza. Dicho legado aparece expuesto en el “Museo de la aldea” de Bucarest, que nos retrotrae, en cierto modo, al movimiento político-cultural de principios del XX, el *Seminatorismo*, que propugnaba el “progreso arraigado en la fidelidad a la tradición campesina”. De cualquier forma, dicho museo es un buen compendio de la vida rumana, reflejo de la civilización de la madera, plasmándose su fuerza y bondad

a través de los utensilios de madera, y recuerdo de su riqueza natural puesta de manifiesto en la existencia de grandes bosques.

Las ciudades rumanas bañadas por el Danubio también son descritas de modo fehaciente por Magris. En este sentido destacan Brăila y Galati, que son lugares idóneos para la fabulación y son dueñas de un esplendoroso pasado económico, presidido por las industrias metalúrgica y naval con el fin de adquirir Rumania independencia económica de la extinta Unión Soviética, aunque ahora son un claro exponente de la crisis económica. Asimismo, son hermosos los relatos que hace de otras ciudades, como Constanza, que es una ciudad balneario con arquitectura ecléctica y dispone de industrias y de una importante actividad portuaria, o Histria, que es una metrópoli arqueológica. Todas esas ciudades están impregnadas de la rica cultura danubiana, que es manifestación de su carácter abierto y de su tradición cosmopolita.

Por fin, el Danubio multicultural y multirracial llega a su desembocadura, como si se tratase de la propia muerte, pues pierde su fecunda vitalidad y felicidad. Sus aguas se convierten en tributarias del Mar Negro y llegan cargadas de historias y detritus, que se van depositando en los brazos de su gran delta. Éste se puede concebir como los órganos del cuerpo, ya que presenta una buena y densa red de canales que regulan su capacidad de desaguar; se trata de una amplia zona pantanosa, extendida por más de 4.000 Km², patria de pueblos, como los lipovenos, que se inunda con mucha facilidad y arrastra consigo cualquier signo de vida. El final se halla en Sulina, vieja ciudad turca de calles polvorientas, que marca su disolución y la pérdida de su identidad como corriente de agua soberana.

En definitiva, la simbiosis, las interrelaciones y las conexiones entre la geografía y la literatura aparecen nítidamente recogidas, una vez más, en este caso concreto en una novela. Ésta se convierte en una buena fuente de información en cuanto que aporta adecuados datos subjetivos que luego se combinan con los objetivos y, de este modo, se obtiene una visión y un conocimiento integral y mucho más rico de los diferentes territorios.

Antonio MAYA FRADES